

## Ramon Garrabou : recuerdos de una gran amistad

Era el otoño de 1985 cuando estando en mi despacho de la facultad de Económicas de Bolonia recibí una llamada desde España. Era un tal Ramon Garrabou que me invitaba a participar en el congreso internacional sobre la crisis agraria de fines del siglo XIX en Europa, congreso que organizaba en el anterior Col·legi Universitari de Girona en la primavera del año siguiente. Acepté encantado porque además iba a ser la primera ocasión de pisar suelo ibérico. Confieso que razones ideológicas me habían mantenido lejos de vuestro país durante la dictadura, aunque siempre había tenido curiosidad y admiración por su cultura. Para mí, que me había formado en la Italia de los años cincuenta, España no era si no un pueblo derrotado y oprimido del que los intelectuales más valiosos habían tenido que abandonarlo para continuar combatiendo. De estos conocíamos algunos grandes nombres cuya obra tuvo gran influencia en la cultura europea del momento: de Gaudí a Picasso, de Dalí a Buñuel, de Lorca a Machado. Mucho menos conocida hasta el finales de 1975 era la historiografía española aprovechable en Italia, a excepción de algunas obras de Vicent Vives, Ramon Carande y Nicolás Sanchez Albornoz. La síntesis de historia de España y la gran obra de Pierre Hilar sobre Cataluña sólo estaba disponible en francés; es decir que el conocimiento de la sociedad y de la economía española nos llegaban mediadas por la historiografía económica y social francesa, que para nosotros, aprendices de historiador, eran un punto de referencia predominante. La invitación de Ramon Garrabou al congreso de Girona me ofrecía finalmente la oportunidad de conocer un país que estaba realizando una difícil transición hacia la democracia y se preparaba para reintegrarse con todo su peso y su historia en la cultura europea. Por todo esto decidí aceptar.

A Girona fui conducido al congreso, ya iniciado, por un joven, Josep Pujol, que me había recogido en el aeropuerto de Barcelona. El público del congreso era sobre todo de jóvenes que habían llegado de toda la península con gran entusiasmo de presentar sus investigaciones y discutirlos animadamente. Entre los más activos recuerdo muy bien a Manuel González de Molina, con el que desde entonces he mantenido una gran amistad, y otros jóvenes del Grupo de Estudios de Historia Rural, que por entonces habían iniciado investigaciones cuantitativas sobre la producción y sobre las estructuras de la agricultura peninsular. También recuerdo el gran calor con que me recogieron los jóvenes de Girona que tenían en Ramon un guía indiscutible: Rosa Congost, Anna Maria García, Xavier Torres.

El rector del Col·legi Universitari de Girona, el lingüista Nadal, estaba ya dando la bienvenida oficial en lengua catalana; una lengua que a mi, italiano del norte, no me resultaba extraña de todo y de la que entendía bastantes palabras, pero que sonaba de modo sorprendente pronunciada ante un público proveniente de toda España y de otros países europeos. En aquella ocasión se manifestaron el catalanismo combativo de Ramon y la orgullosa reivindicación de la autonomía histórica, cultural y lingüística del país en que había nacido, aún temperada por su formación científica y por la apertura internacional del grupo de historiadores económicos que se reunía entorno a Jordi Nadal en la Universidad de Barcelona. Sabemos que la actividad de Ramon se manifestaba también en el debate político y cultural animado por los intelectuales catalanes que se reunían entorno a la revista "Recerques" con la pasión por la investigación histórico-económica y social, nunca separada de su compromiso con la vida social y cultural y con las luchas del mundo obrero.

Durante este congreso Ramon me comunicó su interés en visitar Italia y establecer ulteriores contactos científicos. Prometí acoger en mi casa en Ferrara a su hija Helena, dado que tenía una hija de la misma edad con la que ella podía aprender italiano. Empezaba de este modo a anudarse, en aquel congreso de Girona de 1986, la primera malla de una red que me trajo a España una o dos veces al año, durante más de veinte, y que permitió a Ramon y a muchos historiadores españoles realizar estancias de estudio en la Universidad de Bolonia y frecuentar mi casa en Ferrara, la ciudad donde vivo. Confieso que no recuerdo los nombres de todos, pero reconozco la gran riqueza que me aportaron y las amistades que cada vez me ligaban más y me siguen ligando a vuestro país.

Con la Universitat Autònoma de Barcelona organizamos también uno de los primeros programas Erasmus para la movilidad de estudiantes, mientras que los congresos periódicos de la que es hoy la Sociedad Española de Historia Agraria (SEHA) añadieron oportunidades de contacto con él y con nuevos amigos españoles.

También Ramon consiguió pasar unos meses en Italia en el departamento de historia en que trabajo ahora. Pero Ramon fue a vivir en Ferrara, en una bellísima casa que conseguimos para él de una amiga que se había trasladado a Roma. Era una casa de ladrillos en la parte renacentista de la ciudad, con jardín y cerca de las murallas. Muy pronto se instaló también allí otro historiador de la economía, nuestro buen amigo: Ángel García Sanz. Esto es un período que recuerdo con particular afecto. Ángel estaba literalmente entusiasmado por la ciudad de Ferrara y de la casa que había elegido para ellos. Una vez le arrastré conmigo en bicicleta muchos kilómetros por la campiña ferraresa y él me siguió sin proferir ni un lamento. También Ramon empezó a moverse por la ciudad, un poco inseguro, con mi vieja bicicleta. Los dos juntos vagabundeaban por la ciudad descubriendo nuevas amistades, además de las que tenía yo. Ramon logró que le prestaran un pequeño restaurante del barrio judío para organizar una cena catalana a base de escalibada y butifarra con habas para los amigos ferrareses.

En aquellos meses la casa de Vicolo Portoni fue también un punto de parada para otros españoles que pasaban por Italia. No faltaron discusiones que duraban hasta el alba sobre el problema de la autonomía catalana y sobre la reivindicación de la superioridad castellana que hacía Ángel. Recuerdo como memorable una discusión cuando pasó por Ferrara Jesús Sanz.

No quiero insistir con estos recuerdos que me resultan muy queridos.

Con ocasión de la estancia en Italia de Ramon descubrimos parte de la península: Nápoles, Sorrento y Ercolano, por ejemplo. Pero también Siena, Montalcino, la marisma de Grosseto. Ramon es extremadamente sensible a la belleza y al arte. En uno de estos viajes por pequeñas ciudades del Valle del Po me suplicó que no siguiéramos la visita a otros lugares. Creo que sufría ya del exceso de obras de arte y de los pequeños tesoros visitados. Como una especie de “síndrome de Stendhal” le obligaba a reducir la dosis diaria de arte y de belleza que podía asumir.

En Roma él me guiaba y siempre había una parada obligada: era la iglesia de San Louis de los Franceses donde hay un espléndido Caravaggio. Creo que un estado de similar estática admiración se lo había visto ante los frescos de Giotto en la capilla de los Scrovegni en Padua, o ante los de Masaccio en Florencia. En su casa de Barcelona se ha alojado varias veces un pintor italiano, que después de cada visita dejaba una de sus obras para enriquecer sus paredes. Sobre esta particular emoción de Ramon ante las obras de arte podría seguir contando muchas más cosas.

Sólo quiero recordar uno de los últimos viajes. En la primavera de 2006 con la ocasión de un congreso en Florencia me expresó tímidamente su deseo de visitar los lugares de Piero della Francesca. Se unió a nosotros Ángel García Sanz que iba a Roma. Creo que todos disfrutamos el placer de un viaje lento por carreteras secundarias a través de las pequeñas villas del Apenino toscano para descubrir los lugares que albergaban sus obras: Sansepolcro, Arezzo, la pequeña iglesia de pueblo donde hay la famosa “Virgen del parto”, y además pequeñas ciudades como Castiglion Fiorentino, Cortona, Lucignano, Scarperia. Espero que Ramon conserve también el mismo buen recuerdo de aquel viaje tranquilo por la Italia menor y más auténtica.

\* \* \*

De nuestra amistad yo he aprehendido mucho. Siempre me ha impresionado este hombre nacido en la Segarra, la “Cataluña pobre” como afirma él mismo, que en cierto sentido combate sus raíces campesinas, al tiempo que afirma su ser “homo metropolitanus” que sólo se siente bien en Barcelona, una gran ciudad, pero que dedica sus estudios más atentos y apasionados al mundo campesino del que proviene, y no al de la industria y de la economía urbana. Son estudios de gran rigor y seriedad, que buscan verificar a través de los documentos el trabajo de los hombres y de las mujeres, y cuanto ellos con fatiga podían extraer de la tierra, enfrentados a las sequías y a las

adversidades del clima, combatiendo el egoísmo de los terratenientes, los bajos salarios y el hambre.

Ramon indaga con método y con riqueza de datos tanto sobre las dificultades de introducir las innovaciones de la revolución agronómica inglesa en el País Valenciano, como, en general, sobre los límites a la aplicación de la mecanización en la agricultura española, sin olvidar la dialéctica social, como a propósito de la sorda y a veces explosiva lucha de los *rabasaire* por retener una cuota mayor del fruto de su sudor. En otros términos, Ramon rechaza desde el principio la aplicación al mundo rural español de modelos importados demasiado acríticamente de la historiografía y análisis económicos, válidos para los países anglosajones pero de dudoso valor para países como España, que tuvieron que enfrentarse con el secular problema del agua. La atención a los vínculos entre clima y recursos naturales en el desarrollo de la agricultura es una constante del pensamiento de Ramon.

Después de 23 años de cambios de opinión descubro que he hecho con Ramon un largo camino común. Desde los problemas de la propiedad y de la producción agraria hemos llegado juntos a un punto de vista más complejo y actualmente más central para una parte de la investigación en historia económica. Con una visión más ambientalista de las relaciones entre hombre y naturaleza, que en la misma agricultura se expresan en forma directa, hemos descubierto el punto de vista energético, los fenómenos de la entropía económica y la fundamental racionalidad de la agricultura tradicional de base orgánica, tanto desde el punto de vista del consumo de la naturaleza, como de la reproducción de la fertilidad y de los recursos. Los temas históricos de la fertilización, del uso del agua y de los animales en los sistemas agrarios; los balances energéticos de los cultivos agrícolas y, en último análisis, el problema del metabolismo económico y social del sector primario son hoy la principal aportación de Ramon y de algunos de sus valiosos colegas y discípulos. De los muchos estímulos en esta dirección y de las grandes intuiciones innovadoras, somos todos deudores en buena medida de José Manuel Naredo, con quien mantenemos relaciones de fraterna amistad.

Confieso que en este punto los estudios de Naredo, Garrabou, Pujol y Enric Tello son mucho más avanzados que los que tenemos en Italia. No puedo si no admirarlos. He intentado seguir el camino de Ramon, pero me encuentro más fatigado. Su paso es más largo que el mío. El hilo de los recuerdos me lleva una vez más al congreso de Girona de 1986. Después de una jornada de intenso trabajo Ramon propuso a los congresistas, completamente exhaustos, una conferencia para esa misma tarde, que empezaría a las nueve. El conferenciante se llamaba Joan Martínez Alier y lo que proponía en su charla era un examen de las relaciones entre el ecologismo y la economía.

Ramon Garrabou había visto desde muy pronto el tema fundamental que nos preocupa hoy: También por esto podemos llamarle maestro.

Bellaterra, 2 de diciembre de 2008

Franco Cazzola